

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL ASUNTO “MARX HOY”

A PROPOSITO DE LA RECEPCION DE SU PENSAMIENTO EN LA DESAPARECIDA UNION SOVIETICA. *

RUBÉN JARAMILLO
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Resumen

El artículo resume, en comparación con las sociedades occidentales, las “carencias” culturales o idiosincráticas de la sociedad rusa a lo largo de su historia, en razón de las cuales se produjo allí, tras la revolución, una deformación del pensamiento marxiano que se tradujo en la consolidación de un cuerpo de doctrina cerrado y dogmático: el marxismo-leninismo, y el establecimiento de un régimen totalitario.

Abstract

This paper reviewes the cultural or idiosyncratic gaps existing on the russian society all along its history, as compared to western societies, that explain how and why a deformation of the marxian thought took place, after the revolution, that turned it into a closed and dogmatic doctrine, viz. marxism-leninism, and finally led to the instauration of a totalitarian regime.

En primer lugar quisiera reiterar algo sobre lo cual he insistido repetidas veces: se trata de pensar a Marx, es decir, también, de pensar en primer lugar lo que Marx pensó, y luego, de pensar *a través* de Marx, de pensar *con* Marx, no de repetir mecánicamente su pensamiento. Por ello, antes que hablar de “Marxismo Hoy” resulta necesario hablar de “Marx Hoy”. No sólo porque existen, en efecto, diferencias entre “Marx” y “Marxismo”, por las diferentes interpretaciones a su pensamiento, sino específicamente en nuestro caso porque, dada la precariedad de nuestra cultura filosófica y, por lo tanto, de nuestra actividad crítica, con frecuencia se olvidan los criterios y se pasa de alto la referencia principal, derivándose a lo que ya por su condición de “ismo” debe ser problematizado.

Hablar de “Marx hoy” podría tener el mismo sentido y se ubica en el mismo nivel que hablar de “Aristóteles hoy”. Marx es un clásico del espíritu y del pensamiento humano como lo es Aristóteles. Si quisieramos mencionar por su nombre a los diez intelectuales que han resultado ser absolutamente determinantes en el destino y la memoria del ser humano genérico contemplados desde hoy, entre estos diez nombre tendría que figurar el de Marx.

Deberíamos comenzar con Platón y Aristóteles. En la modernidad deberíamos proseguir con Descartes y Newton; con Kant y Hegel, con Marx, con

* Contribución al Seminario “Marx Vive”, leída en el Auditorio León de Greiff de la Universidad Nacional, Bogotá, el día 26 de agosto de 1998.

Charles Darwin, con Sigmund Freud. Octavio Paz escribió en alguna ocasión -aunque en su caso seguramente tan sólo sería por hacer una frase- que todos éramos “de alguna manera marxistas”. Es decir, que el espíritu contemporáneo efectivamente está impregnado por lo que pensó y escribió Carlos Marx.

Ahora bien, específicamente en este respecto, tenemos que realizar un esfuerzo muy particular al enfrentarnos al asunto “Marx hoy”. Lo primero que debemos preguntarnos es si lo que se hizo en su nombre correspondía -o no- a su pensamiento. Y con ello nos estamos refiriendo a la revolución del siglo XX, o a las revoluciones del siglo XX que se hicieron invocando el nombre de Marx.

Basta pensar en la concepción del Estado. La concepción que tenía Marx del Estado se movía en dirección a su desaparición. Marx consideraba un antagonismo entre la sociedad y el Estado, y pensaba que una vez que la sociedad se liberara este desaparecería, porque los miembros de la sociedad serían capaces de auto-regular su convivencia sin necesidad de recurrir a él. No quisiera considerar ahora este problema en sí, porque debo decir que muy seguramente no estoy por completo de acuerdo con Marx en este respecto.

Lo que quiero señalar en primer lugar es precisamente de qué manera, por razones ancestrales de la historia y la sociedad rusas, en el desarrollo de marxismo allí, y específicamente del “marxismo-leninismo”, como ya se lo puede constatar en un escrito fundamental de Lenin: *El Estado y la Revolución*, este adquiere una gran importancia. Como dice Oskar Negt -uno de los más importantes sociólogos marxistas de la República Federal de Alemania, ordinario de la Universidad de Hannover- en la Unión Soviética el Estado se convirtió en la “substancia omnipresente de la sociedad”. Esta deformación llegó a su pleno desarrollo durante la dictadura de Stalin, durante el régimen totalitario de Stalin.

Por ello, también, uno de los problemas que por ineludible honestidad intelectual se debe plantear cualquier estudioso de la obra de Marx y de la herencia de su pensamiento ha de ser el indagar en qué medida en las formulaciones del propio Lenin, a partir de su escrito de 1903 (el *Qué Hacer*, que incide en la división del partido socialdemócrata ruso) se estaban introduciendo los gérmenes que condujeron a ese desarrollo. Debemos recordar de qué manera a partir de ese año y hasta el diecisiete, otro revolucionario ruso, que ingresaría al partido bolchevique en medio de las dos revoluciones de ese año: León Trotsky, afirmaba ya, poco después de aparecer el panfleto de Lenin, que la fórmula jacobina de tal escrito podría conducir a que la dirección de la sociedad y del país ya no recayera en la clase trabajadora, ni en el partido, ni en el comité central, sino en las manos del secretario general del partido, convertido en dictador. Eso fue lo que desafortunadamente sucedió.

Otro punto que me parece debe ser considerado expresamente: Marx era un heredero del pensamiento de la Ilustración. Si bien fue un crítico de la ilustración, fue también su heredero: el pensamiento de Marx es un pensamiento abierto a la

experiencia. Marx fue un pensador radical, no un dogmático. No existe en Marx, en ninguna parte de su obra, una invitación a cerrar dogmáticamente el pensamiento.

Desafortunadamente, ya en el año veinticuatro, tras la muerte de Lenin, se consolidó en la incipiente Unión Soviética, en medio del fragor de la construcción heroica -hay que decirlo- de la nueva sociedad, tras los esfuerzos de la guerra civil, un cuerpo de doctrina cerrado y dogmático, el "marxismo-leninismo". De la misma manera que se produjo la beatificación de Lenin. Hay que recordar que la propia compañera de Lenin, la camarada Krupskaya, protestó cuando se erigió en 1927 el mausoleo para guardar embalsamado el cadáver del revolucionario: le decía a Stalin que el mismo Lenin no hubiera estado de acuerdo con este tipo de homenaje, ciertamente vinculado en la mentalidad rusa a los cultos atávicos de los antepasados. Contamos con el testimonio de nuestro gran poeta, César Vallejo, de su viaje a la Unión Soviética a comienzos de la década del treinta, que constataba la presencia en la cultura cotidiana de los proletarios rusos de esos vínculos a la Rusia ancestral, de ese tipo de costumbres asiáticas aún vigentes en el pueblo ruso.

Mientras el pensamiento de Marx es un pensamiento abierto a la experiencia, dispuesto a la corrección producto de la experiencia; mientras Marx era un intelectual de una extraordinaria honestidad, que de continuo buscaba documentar sus asertos (quienes han frecuentado su obra lo saben), al cerrarse y comprimirse su pensamiento en un cuerpo de doctrina, se produjo con esa fórmula -o con esa serie de fórmulas- un sistema en el cual las leyes de la naturaleza simultáneamente se transformaron en "modelos ontológicos" (O. Negt) para las leyes sociales. Desafortunadamente fue el propio camarada de Marx, Federico Engels, quien dio el primer paso en esta dirección con su *Anti-Dühring*, que se convirtió en el primer "manual" para la enseñanza de la doctrina de Marx por la época de la segunda internacional. Fue a través de un discípulo de Engels -más que de Marx-, Jorge Plejanov, que se inició en Rusia el estudio de la obra de Marx. Pero ello tuvo sus consecuencias. La "concepción monista de la historia", la lectura que hizo Plejanov de la doctrina de Marx bajo el influjo de Engels, acentó esa confusión entre las leyes de la naturaleza y las que rigen el proceso social, conduciendo, como dice Lucio Coletti, a una verdadera "metafísica de la materia". Tal confusión -literalmente- no existe en Marx. Y no debe olvidarse, por otra parte, que uno de los más importantes teóricos de la segunda internacional, el austriaco Karl Kautsky, también compartía la falsa interpretación engelsiana del pensamiento de Marx.

El pensamiento de Marx es esencialmente crítico, su obra es fundamentalmente crítica. No se encuentran en Marx "fórmulas", ni mucho menos recetas para construir esa sociedad liberada y final de la humanidad en que pensaba. Marx fue fundamentalmente un pensador crítico, un intelectual, inclusive su vinculación a las actividades revolucionarias en Europa fueron de índole teóri-

ca. Es cierto que estuvo en las barricadas de Colonia en el cuarenta y ocho, poco antes de fundar la *Neue Rheinische Zeitung - Organ der Demokratie*, pero a partir de entonces su vinculación a la causa revolucionaria de los trabajadores se ubicó en esa dimensión. Como dice Hans Magnus Enzensberger en un bello poema en su homenaje, él no ve en su mano ninguna metralleta. Lo que tuvo siempre Marx en su mano fue un lápiz, o un libro, o un cigarro. Marx era un individuo embargado por completo por el estudio, poseído por una extraordinaria curiosidad intelectual que le llevó, por ejemplo, ya muy viejo, a aprender la lengua rusa para estar en condiciones de estudiar en el original la problemática agraria de Rusia e investigar si, en efecto (como lo querían su admiradora rusa Vera Sasulich, y los intelectuales populistas que habían introducido su pensamiento allí) sería posible en Rusia una especie de socialismo agrario a partir de la *Obchina* o del *Mir*, la ancestral aldea comunal rusa .

Lo que sucedió en los años veinte, con el surgimiento en la Unión Soviética de esa doctrina cerrada del “marxismo-leninismo”, fue la transformación de un pensamiento fundamentalmente crítico en una ideología afirmativa, dogmática, que un Theodor Adorno no vacila en calificar de “religión secular del Estado”.

Ahora bien, para comprender por qué este pensamiento tan rico, tan lleno de matices, en el cual encontramos el eco de grandes desarrollos de la cultura de occidente (como magistralmente lo explicaba Lenin en un folleto de divulgación para los obreros rusos, *Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo*: el idealismo alemán, que a su vez es un resultado secular de la reforma protestante; el socialismo utópico francés, cuyos orígenes se remontan a las herejías cátaras o albigenses, a las profecías del místico calabrés Joaquín de Fiore a comienzos del siglo XII; y la economía política inglesa, esa ciencia que se sistematiza con Adam Smith y de la cual tanto aprendió Marx) se viera reducido a la condición de una escolástica dogmática y estéril, será necesario remitirse a, y considerar expresamente las características del país en el cual en octubre de 1917 triunfó una revolución que invocaba el nombre de Marx.

Tenemos que recordar el concepto de un marxista de los años veinte que estuvo muy vinculado a la primera etapa de la que luego se llamaría la “Escuela de Frankfort”: Carlos Augusto Wittfogel, quien en un libro que se tradujo al español con el título *La Sociedad hidráulica* se planteaba el problema relativo a la estructura de la dominación en la antigua China y acudía al concepto de “despotismo oriental”. Hablaba de “sociedad hidráulica” porque allí el control ancestral sobre las aguas resultaba fundamental para quienes detentaban el poder, pero en el concepto de “despotismo oriental” encontramos también un eco de la célebre afirmación de Hegel en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*: que en el oriente sólo había uno que era libre, el déspota, porque los otros estaban sometidos, eran siervos, y como en su opinión toda la historia de occidente ha sido el desarrollo de la libertad y la individuación, el

oriente aparece paradigmáticamente como la tierra de la sumisión, del despotismo. Pues bien, este concepto de "despotismo oriental" no se pudo utilizar en la época de Stalin y, entre otras cosas, tampoco se publicó por entonces en la famosa *Marx - Engels Gesamtausgabe* (la primera edición de las "Obras completas" de los clásicos dirigida por David Riazanov, un eminent erudito marxista que al entrar en contradicción con Stalin terminaría sus días en un campo de Siberia, como tantos otros) un ensayo muy importante de Marx: *La Historia de la Diplomacia Secreta en el Siglo XVIII*, precisamente porque en este trabajo, redactado en inglés en la biblioteca del Museo Británico, Marx introducía tal noción y explicaba la alianza de la oligarquía inglesa con los zares.

Por lo tanto, lo que en primer lugar debe ser considerado es el caso de Rusia, las peculiaridades de la formación social rusa. Se debe recordar el atraso que en opinión de León Trotsky -en un ensayo de 1906: *Resultados y Perspectivas*, que Isaac Deutscher considera el "Manifiesto Comunista del Siglo XX", lo que me resulta un poco exagerado- aparece como su característica fundamental. El atraso. Porque en Rusia las ciudades no se formaron, como en occidente, a través de ese desarrollo tan peculiar que un Max Weber ha estudiado con tanta detención, el desarrollo propio de una clase -la burguesía- como un desarrollo global, integral, sino que fueron básicamente fundaciones militares, fortalezas dependientes del Estado. En síntesis, Rusia no vivió etapas definitivas en la configuración de la sociedad europea occidental.

Por la época en que se estaban formando las ciudades europeas, esas pujantes ciudades mercantiles flamencas y toscanas, por la época del ascenso de esa ciudad a la que Alfred von Martín llamara la "capital burguesa de la historia": Florencia, por esa misma época Rusia se encontraba sometida al dominio de la horda mongólica. Los primeros zares no fueron más que administradores tributarios de la horda, tenían la función de recoger entre los boyardos, la nobleza rusa, el tributo que debían pagarle anualmente. Por la época en que se produce en Europa el Renacimiento, el resultado final de aquella "revolución burguesa en el mundo feudal" -como intituló Jose Luis Romero su gran libro- Rusia era un país sometido.

Ernst Bloch resume las carencias en la historia de Rusia recordando que no conoció la escolástica tardía: no conoció el "Nominalismo", la "vía moderna", como se le llamó entonces, en el siglo XIV, al movimiento intelectual precursor de la filosofía de la subjetividad y que a través de Guillermo de Ockam influye decisivamente en Lutero, en ese redescubrimiento de la subjetividad que se produce con Lutero. Rusia no conoció la escolástica tardía y tampoco el Humanismo del Renacimiento. Lo que hubo en Rusia de Renacimiento, cuando lo hubo, se limitó a algunas obras por encargo de algunos arquitectos venecianos o florentinos que se trasladaron allí. Pero no se produjo en Rusia un desarrollo global que se hubiera manifestado en una cultura integral como la que impregnó

las zonas más desarrolladas de Europa occidental, la Toscana, Flandes, las ciudades alemanas a finales del siglo XV.

Tampoco conoció Rusia la Reforma, algo que me interesa subrayar particularmente, porque nos permite pensar también en una carencia de nuestra propia cultura: España no conoció la Reforma, los “alumbrados” de Sevilla, Casidoro de Reina (el traductor de la Biblia), tuvieron que huir de España porque de lo contrario hubieran sido llevados a la hoguera.

Rusia no conoció el Nominalismo, no conoció el Humanismo del Renacimiento, no conoció la Reforma. Tampoco conoció la Ilustración, y si bien es cierto que ya Pedro el Grande (que a comienzos del siglo XVIII como príncipe heredero había viajado como incógnito a los astilleros de Holanda) introdujo las matemáticas y los nuevos aportes de la ciencia europea, y que Catalina la Grande se carteaba con los intelectuales franceses y adquirió la biblioteca de Diderot pagándole por anticipado el sueldo correspondiente a su condición de bibliotecario vitalicio, la Ilustración no alcanzó allí a encarnar en un movimiento influyente: el propio Diderot se dio cuenta bien pronto, cuando se trasladó a Rusia, que no era tenido en cuenta. En este respecto vale la pena recordar que cuando se comenzó a publicar en Rusia la *Enciclopedia*, durante la segunda mitad del siglo XVIII, su edición se suspendió en la letra *k* porque las clases señoriales de Rusia se percataron de su carácter subversivo: en efecto, en la confrontación con la barbarie medieval rusa era una obra subversiva. Ya en Francia lo era, pero cuando, a partir del año 1751 comenzó a publicarse, durante unos quince años, contó con el apoyo de Madame de Pompadour, la favorita del Rey Luis XV: esa era la diferencia.

Y finalmente, Rusia no conoció, además de la Ilustración, la revolución burguesa: Rusia no tuvo revolución burguesa.

En 1825, con el levantamiento de los “decembristas”, se inicia la historia de la revolución rusa. Se trataba de oficiales del ejército y miembros cultos de la nobleza que habían conocido a partir de 1812, en la ofensiva contra Napoleón, la Europa central (habían permanecido con sus tropas de ocupación tres años en París tras la derrota del emperador) y que al regresar a su país tomaron conciencia del atraso y la necesidad de reformas, por lo cual conspiraron contra el régimen autocrático de Nicolás I, quien aplastó el movimiento. Sin embargo, su hijo, Alejandro II, se vio en la necesidad, tras la derrota en la guerra de Crimea (1856), de introducir reformas inherentes a la adecuación del Estado y el país al desarrollo del capitalismo, la más importante de las cuales fue la supresión de la servidumbre. Y a partir de entonces nos encontramos con ese desarrollo tan peculiar y apasionante del populismo ruso, de los movimientos terroristas y, finalmente, apenas durante la última década del siglo XIX, de las primeras organizaciones marxistas. Pero no hubo revolución burguesa en Rusia, el pueblo ruso no conoció ni experimentó una noción que para las naciones

de occidente constituía ya entonces una premisa de su actividad práctica, mercantil, cultural, público-política: la noción de Estado de Derecho.

Que las personas vivan en tal situación, con las garantías del Estado de Derecho y con la conciencia de lo que ello significa, es algo bien decisivo. Y la inmensa mayoría de los rusos no podían ser sujetos de derecho antes de 1861: no eran "personas" sino siervos de la gleba, pertenecían a las fincas. Antes de ese año los campesinos rusos eran llamados "almas", como en la gran novela de Gogol, *Las Almas Muertas*. Se vendían con las fincas, y éstas se heredaban conjuntamente con sus siervos.

Si nosotros pensamos en todo ello y lo consideramos en la perspectiva de la filosofía moderna, debemos decir que la experiencia de la subjetividad es una *experiencia social*. Un país en el que no existe la noción del derecho, en el que no se respeta al individuo humano como tal y en el que no opera socialmente la noción de persona, no puede hacer una experiencia global, orgánica, de la subjetividad. Y ello explica también por qué cuando se leyó a Marx en Rusia a través de la obra de Jorge Plejanov (un intelectual muy respetable por lo demás, y cuyos aportes tampoco se pueden considerar completamente deleznable), se hubiera llegado a una versión tan rudimentaria del pensamiento de Marx -un pensamiento que resulta de y resume toda la tradición de occidente- eso que Coletti llama con tanto acierto una "metafísica de la materia". Porque detrás de esa recepción no habían tenido lugar experiencias genéricas globales como las del nominalismo, el Humanismo renacentista, la Reforma, la Ilustración, la revolución burguesa, el liberalismo.

Y en ese país tan atrasado, en el cual la ciencia, el conocimiento, estaban restringidos a círculos muy estrechos y apenas comenzaron a desarrollarse un poco más en el período de reformas patrocinado por el zar Alejandro II, se produjo, a partir de los años setenta del siglo pasado, un vertiginoso desarrollo industrial y capitalista.

Las cifras que registran el crecimiento económico en Rusia en la última década del siglo son parangonables a las de los Estados Unidos de Norteamérica por esa misma época. Pero con una gran diferencia: la industrialización en Rusia era en buena medida "importada". Durante la gestión de un político desarrollista: el conde de Witte, que manejó la política económica en los años noventa hasta la crisis de 1903-1904, que desemboca además en la primera revolución rusa tras la derrota en la guerra contra el Japón, el ritmo de crecimiento de la economía rusa, el aumento de lo que llamamos hoy "producto nacional bruto", fue tan acelerado como en los Estados Unidos, precisamente el país sin pasado feudal, en el cual la sociedad burguesa y el capitalismo pudieron desarrollarse plenamente. Aunque, desde luego, debemos tener en cuenta que en los índices se refleja el atraso anterior, puesto que un país que inició su revolución industrial en forma tan intempestiva, casi a partir de cero, podría mostrar muy rápidamente altas tasa de desarrollo.

A finales del siglo comenzó a predominar en Rusia el modo de producción capitalista, aunque en una forma muy peculiar. Basta con dar un ejemplo: en las refinerías de petróleo de Bakú, cerca del mar negro, propiedad de la familia Nobel (concretamente de un hermano del ingeniero Alfred Nobel, el creador del famoso premio), se utilizaba la misma tecnología extractiva que empleaba la empresa de John D. Rockefeller en los Estados Unidos por la misma época; pero el petróleo se transportaba en camellos y en odres de cuero, tal y como se había transportado la miel en la Edad Media.

Porque el país no se había desarrollado orgánicamente hacia el modo de producción capitalista, sino de una manera desigual. Por lo cual se produjo muy rápidamente en Rusia una notable concentración de trabajadores, superior en promedio a la de Europa occidental. Con la excepción de empresas tan grandes como lo eran en Alemania las grandes acerías de Krupp en Hessen, por ejemplo, las otras fábricas alemanas no reunían en promedio los nueve mil obreros que ya trabajaban a principios de este siglo en las grandes acerías Putiloff de San Petersburgo. Y fue allí precisamente donde se formó el primer soviet en 1905, el primer consejo de obreros del ciclo revolucionario. Ya entonces trabajaban allí más de nueve mil obreros, una cifra parangonable con la de concentraciones fabriles de Europa occidental y los Estados Unidos de Norteamérica.

Más sin embargo, la clase de los trabajadores industriales, la clase en que había pensado Marx como agente del proyecto revolucionario que debería conducir al comunismo, seguía siendo minoritaria: en 1917 Rusia podía tener unos ciento treinta millones de habitantes, de los cuales escasamente de cinco a ocho eran propiamente trabajadores industriales. La gran mayoría de la población la constituyan los campesinos, atrasados, premodernos. Por eso también se entiende que en los años veinte la clase trabajadora rusa fuera la menos eficiente del mundo. A pesar del elán revolucionario, que impulsaba a muchos sacrificios -como se verá luego en el movimiento estajanovista-, se cometían demasiados errores, se estropeaban con frecuencia las máquinas, porque quienes las operaban eran obreros muy recientes, campesinos que comenzaban a proletarizarse o pertenecían apenas a una segunda o tercera generación de proletarios.

Por ello no se deben olvidar los hechos, esta condición vertiginosa del desarrollo del capitalismo en Rusia tiene que ser considerada para comprender las peculiaridades de su revolución. Lenin lo sabía, porque era un político muy realista, y por ello lo recordaría en la víspera de su llegada a Rusia, en un breve discurso que apronunciara en la estación del ferrocarril de Zúrich, cuando acudió a tomar el vagón que el alto mando del ejército alemán había puesto a su disposición con la idea de que al llegar a Rusia derrocara el gobierno provisional y firmara luego la paz con Alemania, de manera que el alto mando pudiera desplazar un millón de hombres al frente occidental para que, siguiendo el diseño estratégico del conde Schlieffen, tomaran a París y de esta manera ganaran

la guerra. A finales del mes de marzo de 1917, cuando ya el proceso de la revolución rusa llevaba varias semanas en su desarrollo, al despedirse de los obreros suizos y de los dirigentes que lo acompañaron a tomar el tren que lo llevaría a la estación de Finlandia en Petrogrado, Lenin saludaba en primer lugar que al proletariado ruso "le correspondiese el gran honor de comenzar una serie de revoluciones engendradas por una necesidad objetiva de la guerra imperialista". Porque creía que la revolución rusa terminaría siendo en realidad la primera chispa de un incendio general en Europa.

Y Lenin no pensaba entonces que en Rusia se cumplieran las premisas para llevar a cabo una revolución socialista. Pero consideraba que los obreros de Europa occidental y que los gobiernos revolucionarios instalados en Berlín, en Bruselas y en París, por ejemplo, podrían acudir en ayuda del proletariado ruso:

"...Sabemos muy bien que el proletariado ruso es menos organizado y consciente que los obreros de otros países... pero las condiciones históricas... han hecho del proletariado ruso por cierto tiempo, muy corto tal vez, el jalador de los puestos de avanzada del proletariado revolucionario del mundo entero... Rusia es un país poblado de campesinos, uno de los más atrasados de Europa, el socialismo no puede vencer directamente desde ahora en él. Pero el carácter agrícola del país, con enormes posesiones rurales conservadas por los latifundistas, puede dar, como lo prueba la experiencia de 1905, gran envergadura a la revolución democrático-burguesa y hacer de nuestra revolución el prólogo de la revolución socialista mundial, una etapa de esta revolución... En Rusia el socialismo no puede vencer solo e inmediatamente..., el proletariado ruso no puede, por sus solas fuerzas, llevar a su fin victoriamente la revolución socialista. Pero puede dar a la revolución rusa tal amplitud que esta engendre las mejores condiciones para la revolución socialista y sea, en cierto sentido, el principio. El proletariado ruso puede acomodar las circunstancias para que su más fiel, seguro y principal colaborador, el proletariado socialista de Europa y Norteamérica, entre en las batallas decisivas..., las condiciones objetivas de la guerra imperialista son una garantía de que la revolución no se limitará a la primera etapa de la revolución rusa, que la revolución no se limitará a Rusia".

El ciclo revolucionario que inauguró la revolución rusa duró efectivamente sólo dos o tres años. Ella tuvo efectos inmediatos en Europa, por ejemplo en la abdicación de las dinastías de origen feudal y la proclamación de la República en Viena y Berlín. El nueve de noviembre de 1918, un año después del triunfo de los bolcheviques en San Petersburgo, el emperador Guillermo de Hohenzollern abandonó Alemania, dos meses más tarde se fundó la República de Weimar. Pero la revolución radical por la que luchaban los dirigentes de la *Liga Espartaco*, Rosa

Luxemburgo y Karl Liebknecht, fracasó. Con su asesinato el 15 de enero de 1919 se inicia el proceso de la contrarrevolución que conduce al año subsiguiente al primer intento de putsch, dirigido por el burócrata Kapp: ya por entonces un cabo desmovilizado, Adolf Hitler, se desempeña como espía del ejército en el Munich revolucionario que ha conocido un efímero episodio de gobierno popular.

El hecho es que a comienzos de los años veinte la revolución rusa se vio aislada y la estrategia coyuntural de Lenin, que había formulado al llegar a la estación de Finlandia en Petrogrado con las célebres “Tesis de Abril” (en las que afirmaba que la revolución ya había consumado la etapa democrático burguesa y debía pasar a la fase socialista) perdió su base: la revolución en Europa occidental y particularmente en Alemania.

Por ello tuvo que dar Lenin un viraje decisivo tras el levantamiento de Kronstadt. Porque los propios trabajadores y marinos de la ciudadela militar que guarda a Petrogrado, que habían jugado un papel protagónico en el levantamiento de octubre, se alzaron contra la dictadura de Lenin invocando el principio que éste había sostenido en abril: que había que entregarle todo el poder a los soviets. Y Lenin se vio obligado a dar un viraje de 180 grados y reintroducir, con la Nueva Política Económica (NEP), una forma de capitalismo que luego se estabilizó como “capitalismo de estado”. Porque en las ciudades rusas se estaba padeciendo hambre y el déficit de abastecimientos condujo a la rehabilitación de instituciones de origen campesino y tradicional como los *artels*, los talleres de las aldeas, que proveyeron de productos manufacturados, como por ejemplo calzado, a los habitantes de las ciudades.

En medio de esta crisis de subsistencias, ya en el año de 1921, en el que se produce tal viraje, los revolucionarios rusos tienen que aceptar su aislamiento y se comienza a debatir en la incipiente Unión Soviética si el socialismo, tal y como lo habían proclamado los clásicos, habría de ser necesariamente un sistema internacional que englobara a gran cantidad de países, o si era posible construir el socialismo en un sólo país, como sostenían algunos, entre ellos Jose Stalin, quien alegaba que tratándose de un país tan grande y que albergaba una tal cantidad de reservas y riquezas, de minerales, de bienes agropecuarios, esto era factible. Por lo demás, la actitud de Stalin reflejaba su realismo, porque, evidentemente, la coyuntura revolucionaria centro-europea, que había pasado por momentos fulgurantes en Berlín, en Viena, en Budapest, ya había concluido, dando paso más bien al proceso contrarrevolucionario. Y con ello debemos tematizar ahora lo relativo al ascenso de Stalin.

Cuando Lenin fue víctima del atentado que finalmente le costaría la vida, empezó a pensar en la posibilidad de su muerte y durante su convalecencia se planteó el problema de su sucesión. Alcanzó a formular la idea de que era necesario separar a Stalin de la dirección del partido. Según documentos que sólo se dieron a conocer tras la lectura del “Informe Secreto” de Nikita S. Krushev al

vigésimo congreso del partido comunista de la Unión Soviética en 1956 -como los "diarios" de la secretarias de Lenin-, este desconfiaba de Stalin. En una de sus últimas cartas, que terminó siendo su testamento, decía que Stalin, convertido en el secretario general del partido, había concentrado un poder enorme en sus manos y que él "no estaba en condiciones de asegurar que pudiera manejar ese poder con suficiente cautela". Pero además expresamente en una nota dictada el 4 de enero de 1923 -su último año de vida- decía: "Stalin es demasiado rudo y este defecto, muy admisible en las relaciones entre nosotros los comunistas, se hace inadmisible en el cargo de secretario general, por lo cual propongo que encuentren la manera de deponer a Stalin de su cargo y encuentren a otro hombre que difiera de Stalin y lo supere en un punto, es decir, que sea más tolerante, más leal, más amable, más considerado con sus camaradas, menos caprichoso". Esto lo escribía Lenin a comienzos de su último año de vida y antes de anunciar a Stalin -quien había insultado a su compañera- que, de no pedirle excusas en forma expresa a ésta, debería considerar terminada su relación personal con él.

A la muerte de Lenin se desencadena la pugna entre los diferentes sectores del partido y Stalin se las arregla para enfrentar a quienes considera sus rivales. Con mucha astucia se alía primero con la llamada "derecha" del partido: Bujarin, Zinoviev y Kamenev; y luego con la izquierda, para finalmente aislarla y apropiarse de su programa. En el año veintisiete logra que se decrete el exilio de Trotsky a Alma-Ata en la Mongolia Soviética y luego a la isla de Prinkipo en las cercanías de Constantinopla: años más tarde terminará asesinado por un sicario a su servicio en México Distrito Federal, tras la invasión del ejército alemán a la Unión Soviética.

De manera que aproximadamente diez años después del triunfo de la revolución de octubre se estabiliza en la Unión Soviética una dictadura unipersonal en la que el pensamiento de Marx, reducido a una colección de fórmulas rudimentarias sistematizadas de manera dogmática, se convirtió en un instrumento de legitimación de un proyecto desarrollista de gran envergadura. Si se consideran las cifras, el primer plan quinquenal iniciado en 1929 y que se cumplió antes de los cinco años, sentó las bases de la industrialización vertiginosa de la Unión Soviética. No podemos desconocer que sin los planes quinquenales ese país se hubiera convertido en una inmensa colonia alemana. Fue la industria siderúrgica y fueron las fábricas de armamentos que produjeron los aviones Iluschin y los tanques T-34, por ejemplo, las que incidieron decisivamente en el viraje de la segunda guerra mundial a partir de la batalla de Stalingrado y salvaron, no sólo a Europa sino al mundo entero, de lo que hubiese sido realmente una satrapía sin precedentes. Aunque tengamos que decir que en la aplicación de sus métodos terroristas la dictadura de Stalin nada tenía que envidiarle a la de Hitler.

A partir del año veintinueve, entonces, con la política desarrollista de indus-

trialización acelerada, con la liquidación de los campesinos acomodados (“Kulaken”) y el control despótico sobre los obreros y el pueblo ruso, se estabilizó el régimen estaliniano. Desde el punto de vista teórico y teniendo en cuenta el destino del pensamiento de Marx, debemos recordar no solo los primeros productos de la “filosofía” oficial, caracterizados por un impresionante indigenicia conceptual, sino sobre todo el famoso “capítulo teórico” elaborado por Stalin para la *Historia del Partido Comunista Bolchevique de la URSS*, redactada por un comité de escritores al servicio del dictador.

Y por eso podemos hoy precisamente, ya liberados de esa religión secular de que hablara Adorno, preguntarnos por el sentido del pensamiento original de Marx. Me parece que la crisis contemporánea desborda ya esa connotación que se nos hizo evidente a mediados de la década anterior y que la disolución de la Unión Soviética corroboró. Es la crisis del así llamado “socialismo realmente existente”, como se lo comenzó a denominar a partir de la interesante obra de Rudolf Bahro: *La Alternativa*. Pero se trata también de una crisis más profunda. Es el final de una época histórica vinculada al ascenso de la burguesía, a la universalización de la historia, a su planetarización. Resulta sintomático que ahora, por ejemplo, nos encontremos en la moda de la “postmodernidad”, en algunos casos para eludir un planteamiento serio acerca del proyecto inconcluso de la ilustración y de la modernidad misma, en un intento de pensar supuestamente mas allá de Marx y en realidad más acá, una solución bastante fácil por lo demás.

Para comprender el destino de la herencia del pensamiento marxiano en la URSS, debemos entonces resumir lo esencial. En primer lugar, no se produce en la concepción global de la realidad, de la sociedad y del hombre esa burda metodología de reducción mecanicista, que obedece en el fondo a una lógica aristotélica: si A luego B, características del marxismo-leninismo soviético.

Tampoco proviene de Marx esa concepción del predominio de la materia en el sentido de aquella “metafísica de la materia” a que se refiere Coletti para calificar el pensamiento de Plejanov, el cual en este punto influirá en el marxismo ruso.

Es necesario además desglosar el pensamiento de Marx del de Engels, allí donde son evidentes las diferencias. Es lo que ha hecho por ejemplo el filósofo colombiano Juan Mora Rubio, catedrático de la Universidad Autónoma de México desde hace mas de veinte años, en un ensayo muy afortunado que lleva por título *Marx y Engels, sus diferencias con Hegel*, en el que prueba cómo, en efecto, el pensamiento de Engels diverge del de Marx en un punto fundamental, y que fue el viejo Engels -el patriarca de la segunda internacional- quien sentó las premisas de lo que luego se convertiría en un dogma del marxismo soviético, la idea de una “dialéctica de la naturaleza”, que permitía fundir en una sola concepción las leyes que rigen los procesos naturales y aquellas que explican el proceso social e histórico: eso no corresponde de ningún modo a lo que pensó originalmente Marx.

En segundo lugar, en relación con la problemática del Estado y la sociedad, hay que recordar que Marx no sólo era un heredero de la Ilustración, sino del historicismo (inherente a ésta y que se funda un poco con Voltaire). Por ello afirmaba, y en esto le seguía Engels, que ninguna formación social e histórica desaparece sin haberse desarrollado plenamente.

Por ello debemos preguntarnos, con toda honestidad y sin tomar partido de antemano, si la polémica que se dio a comienzos del siglo entre bolcheviques y mencheviques en relación con el carácter de la revolución rusa estaba plenamente justificada. Durante mucho tiempo, por el fragor pasional del proceso revolucionario, la palabra "menchevique" fue considerada un término casi insultante. Pero hoy en día, por ejemplo, los estudiosos de la problemática agraria consultan frecuentemente a un teórico menchevique: Chayanov, porque encuentran en sus obras propuestas y análisis muy serios.

En ese sentido, se debe pensar si la revolución bolchevique "forzó" a Marx. Ya un importante "marxista-occidental" -para utilizar la categoría acuñada por Merleau-Ponty y retomada recientemente por Perry Anderson- decía que la revolución rusa había sido una "revolución contra *El Capital*": ni más ni menos que Antonio Gramsci. Fue una revolución contra *El Capital*, porque se produjo en un país en el cual la clase trabajadora no había llegado a convertirse en la predominante y más representativa de la sociedad. Porque Rusia era un país predominantemente campesino, por lo cual las primeras elecciones para la Asamblea Constituyente, que tuvieron lugar unos meses después del asalto al palacio de invierno, no las ganaron los bolcheviques sino los "eseristas", el partido social-revolucionario, fundado en 1900 y heredero de la tradición populista que ya había consumido el esfuerzo de tres generaciones de revolucionarios rusos.

En respuesta a lo cual Lenin ordenó cerrar la Asamblea Constituyente e instauró la dictadura unipartidista, de la misma manera que liquidó a los anarquistas rusos. Es una historia que amerita ser recordada, porque la revolución rusa tiene muchas raíces y los bolcheviques, hay que decirlo, las quisieron ignorar para gobernar despóticamente en una situación de emergencia, de guerra civil, que desafortunadamente se estabilizó, convirtiéndose en la forma regular de gobierno.

Pensando el asunto comparativamente, el caso resulta muy similar a lo que aconteció con la dictadura de los jacobinos durante la revolución francesa: me atrevería a sugerir que Lenin -o el estilo leninista- fue un Robespierre que duró setenta años (mientras el episodio terrorista de la revolución francesa se sostiene a partir del diez de agosto de 1792 hasta la caída de Robespierre y sus amigos en el otoño del noventa y cuatro). Naturalmente, en medio de la lucha revolucionaria se toman medidas de emergencia y resulta muy cómodo para un intelectual durante una conferencia criticar a quienes en medio de la batalla asumen la responsabilidad por tales medidas. Sin embargo, no podemos renunciar a la crítica y aceptar que ella tiene su propio ámbito y posibilidad para juzgar el asunto.

Por lo tanto, debemos considerar de qué manera a través del leninismo se produjo una deformación “voluntarista” del pensamiento original de Marx. Se trata del voluntarismo jacobino, blanquista, que criticaría ya en 1918 una gran teórica y revolucionaria marxista, Rosa Luxemburgo, en un folleto elaborado en la cárcel de Breslau por entonces: *La Revolución Rusa*. Cuestionaba allí el estilo voluntarista de Lenin y criticaba que los bolcheviques hubiesen acabado con la libertad de prensa que caracterizó hasta octubre la primera etapa de la revolución. El propio Lenin había dicho al llegar a Rusia en abril que en ese momento este era “el país más libre del mundo”, porque las energías populares que el triunfo de la revolución de febrero había desencadenado se manifestaban en toda clase de panfletos y periódicos que desaparecieron tras el asalto al palacio de Invierno y la formación del gobierno de Lenin. Para terminar, desearía leerles una extensa línea de éste escrito, porque me parece que las palabras de Rosa difícilmente pueden ser reemplazadas por otras:

“Lenin dice que el estado burgués es un instrumento de opresión de la clase trabajadora, el estado socialista de opresión a la burguesía. En cierta medida, dice, es solamente el Estado capitalista puesto cabeza abajo. Esta concepción simplista deja de lado el punto esencial. El gobierno de la clase burguesa no necesita del entrenamiento y la educación política de toda la masa del pueblo, por lo menos no más allá de determinados límites estrechos. Pero para la dictadura proletaria ese es el elemento vital, el aire sin el cual no puede existir”

Entonces cita a Trotsky, para criticarlo a renglón seguido:

“Gracias a la lucha abierta y directa por el poder -escribe Trotsky- las masas trabajadoras acumulan en un tiempo brevísimo una gran experiencia política, y en su desarrollo político trepan rápidamente un peldaño tras otro.”

A lo cual comenta Rosa:

“Aquí Trotsky se refuta a sí mismo y a sus amigos. Justamente porque es así, bloquearon la fuente de la experiencia política y de este desarrollo ascendente al suprimir la vida pública! O de otro modo tendremos que convencernos de que la experiencia y el desarrollo eran necesarios hasta la toma del poder por los bolcheviques, y después, alcanzada la cima, se volvieron superfluos (El discurso de Lenin: ¡Rusia ya está ganada para el socialismo!).

¡En realidad lo que es cierto es lo opuesto! Las tareas gigantescas que los bolcheviques asumieron con coraje y determinación exigen el más intenso entrenamiento político y acumulación de experiencias de las

masas. La libertad sólo para los que apoyan al gobierno, sólo para los miembros de un partido (por numeroso que éste sea) no es libertad en absoluto. La libertad es siempre la libertad para el que piensa de manera diferente. No a causa de ningún concepto fanático de la justicia, sino porque todo lo que es instructivo, totalizador y purificante en la libertad política, depende de esta característica esencial, y su efectividad desaparece tan pronto como la libertad se convierte en un privilegio especial".

Vale la pena recordar de qué manera uno de los primeros acontecimientos de lo que luego se convertiría en una verdadera revolución en la República Democrática Alemana en 1989, fue la manifestación del 15 de enero de ese año, conmemorativa del asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. En esa ocasión más de 100 manifestantes fueron arrestados por portar carteles con la frase de Rosa que hemos citado: "Libertad es siempre Libertad para el que piensa de manera diferente."

El texto continuaba:

"Los mismos bolcheviques no se atreverán a negar, con la mano en el corazón, que ellos tienen que tantear paso a paso el terreno, probar, experimentar, tentar ora un camino, ora otro, y que muchas de sus medidas no son precisamente inapreciables perlas de sabiduría. Así deberá ocurrir y así ocurrirá cuando lleguemos hasta el punto en que han llegado ellos, aunque en todos lados no se presenten las mismas circunstancias difíciles. Bajo la teoría de la dictadura de Lenin - Trotsky subyace el supuesto tácito de que en la transformación socialista hay una fórmula prefabricada, guardada ya completa en el bolsillo del partido revolucionario, que sólo requiere ser enérgicamente aplicada en la práctica. Por desgracia -o tal vez por suerte- esta no es la situación. Lejos de ser una suma de recetas prefabricadas, que sólo exigen ser aplicadas la realización práctica del socialismo como sistema económico, social y jurídico, yace totalmente oculta en las nieblas del futuro. En nuestro programa no tenemos más que unos cuantos mojones que señalan la dirección general en la que tenemos que buscar las medidas necesarias, y las señales son principalmente de carácter negativo. Así, sabemos más o menos qué eliminar en el momento de la partida para dejar libre el camino a una economía socialista. Pero cuando se trata del carácter de las miles de medidas concretas, prácticas, grandes y pequeñas, necesarias para introducir los principios socialistas en la economía, las leyes y todas las relaciones sociales, no hay programa ni manual de ningún partido socialista que brinde la clave. Esto no es una carencia, sino precisamente lo que hace al socialismo científico superior a todas sus variaciones utópicas.

El sistema social socialista sólo deberá ser y sólo puede ser un producto

histórico, surgido de sus propias experiencias, en el curso de su concreción, como resultado del desarrollo de la historia viva, la que (al igual que la naturaleza orgánica de la que, en última instancia, forma parte) tiene el saludable hábito de producir siempre, junto con la necesidad social real, los medios de satisfacerla, junto con el objetivo simultáneamente la solución.

Sin embargo, si tal es el caso, es evidente que no se puede decretar el socialismo, por su misma naturaleza, ni introducirlo por una ucase. Exige como requisito una cantidad de medidas de fuerza (contra la propiedad, etc.). Lo negativo, la destrucción, puede decretarse: lo constructivo, lo positivo, no. Territorio nuevo. Miles de problemas. Sólo la experiencia puede corregir y abrir nuevos caminos. Sólo la vida sin obstáculos, efervescente, lleva a miles de formas nuevas e improvisaciones, saca a la luz la fuerza creadora, corrige por su cuenta todos los intentos equivocados. La vida pública de los países con libertad limitada está tan golpeada por la pobreza, es tan miserable, tan rígida, tan estéril, precisamente porque, al excluirse la democracia, se cierran las fuentes vivas de toda riqueza y progresos espirituales (una prueba: el año 1905 y los meses de febrero a octubre de 1917). Allí era de carácter político, lo mismo se aplica a la vida económica y social. Toda la masa del pueblo debe participar. De otra manera, el socialismo será decretado desde unos cuantos escritorios oficiales por una docena de intelectuales. El control público es absolutamente necesario. De otra manera el intercambio de experiencias no sale del círculo cerrado de los burócratas del nuevo régimen. La corrupción se torna inevitable (palabras de Lenin, boletín No.29).

La vida socialista exige una completa transformación espiritual de las masas degradadas por siglos de dominio de la clase burguesa. Los instintos sociales en lugar de los egoístas, la iniciativa de las masas en lugar de la inercia, el idealismo que supera todo sufrimiento, etc. Nadie lo sabe mejor, lo describe de manera más penetrante, lo repite más firmemente que Lenin. Pero está completamente equivocado en los medios que utiliza. Los decretos, la fuerza dictatorial del supervisor de fábrica, los castigos draconianos, el dominio por el terror, todas estas cosas son sólo paliativos. El único camino al renacimiento pasa por la escuela misma de la vida pública, por la democracia y opinión pública más ilimitadas y amplias. Es el terror lo que desmoraliza. Cuando se elimina todo esto, ¿qué quedará realmente?

En lugar de los organismos representativos surgidos de elecciones populares generales, Lenin y Trotsky implantaron los soviets como única representación verdadera de las masas trabajadoras. Pero con la represión de la vida política en el conjunto del país, la caída de los soviets también se deteriorará cada vez más. Sin elecciones generales, sin una irrestricta libertad de prensa y de unión, sin una lucha libre de opiniones, la vida muere en toda institución pública, se torna una mera

apariencia de vida, en la que sólo queda la burocracia como elemento activo. Gradualmente se adormece la vida pública, dirigen y gobiernan unas pocas docenas de dirigentes partidarios de energía inagotable y experiencia ilimitada. Entre ellos, en realidad dirigen sólo una docena de cabezas pensantes, y de vez en cuando se invita a una élite de la clase obrera a reuniones donde deben aplaudir los discursos de los dirigentes y aprobar por unanimidad las mociones propuestas -en el fondo, entonces una camarilla-, una dictadura, por cierto, no la dictadura del proletariado, sino la de un grupo de políticos, es decir, una dictadura en el sentido burgués, en el sentido de los gobiernos jacobinos (la postergación del congreso de los soviets de períodos de tres meses a períodos de seis meses). Si podemos ir aún más lejos, esas condiciones deben causar inevitablemente una brutalización de la vida pública: intentos de asesinato, caza de rehenes, etc. (Discursos sobre la disciplina y la corrupción)".

Es esto lo que he llamado la rutinización de la lógica jacobina, el hecho de que una circunstancia coyuntural, de que unas medidas de emergencia que naturalmente los revolucionarios se ven obligados a tomar bajo la presión de los acontecimientos -porque la revolución, como decía Engels, no es un baile de gala, es un proceso muy dramático-, luego se estabilizan, se consolidan, y dan lugar al sistema totalitario. Por ello y para terminar, volviendo al principio, repito que el pensamiento de Marx fue esencialmente crítico. No es un dogma, un cuerpo cerrado de doctrina, y, como decía Karl Korsch, uno de los inspiradores del así llamado "marxismo occidental", al marxismo se le debe aplicar el marxismo, el pensamiento de Marx debe ser pensado con sus categorías y debe ser considerado como una obra en marcha. Porque el marxismo no termina con Marx, sino que se encuentra en pleno desarrollo, como lo muestra la obra de Perry Anderson -*Consideraciones sobre el Marxismo Occidental*-, que señala las diferentes generaciones del mismo, desde Marx y Engels, pasando por la segunda generación, de Kautsky, Labriola, Plejanov; la tercera generación, de Lenin, Trotsky, Mehring, Rosa Luxemburgo; y luego las que le siguen: la de Gramsci, Lukács, Korsch; Horkheimer, Marcuse, Adorno, hasta llegar a la actualidad. Sólo una experiencia no dogmática de este pensamiento tan rico, y de sus raíces en Kant y Hegel, en Adam Smith y David Ricardo, en Fourier y Proudhon, puede realmente dar cuenta de lo que pensaba Marx. Este es entonces el punto con el que quisiera redondear esta intervención.